

Campeones del mundo, sufrimiento mediante

Matias Loza¹

Trabajo realizado en la materia Literatura y Expresión. Cátedra Ottolenghi

¹@matiloza4

Nació en San Fernando, Buenos Aires en 1990. Egresado del colegio Nuestra Señora de la Misericordia, actualmente estudiante de la carrera de Tecnicatura Universitaria en Periodismo Deportivo en la Universidad de San Isidro: Dr. Plácido Marín. Apasionado por el deporte y aficionado a la lectura, también pasó por la carrera de Profesorado de Educación Física en el Instituto Universitario River Plate.

Como en cada una de las ediciones anteriores, la Copa del Mundo de Qatar 2022 comenzó con la ilusión intacta de siempre. Quizás con el agregado de haber sido campeones de América hacía algunos meses. La felicidad de ver a Lionel Andrés Messi conseguir lo que tanto había anhelado, había sido increíble. Una alegría que no se nos daba desde 1993. Los de mi generación ni siquiera recordábamos haber visto a la selección levantar una copa.

Al igual que en los últimos dos mundiales, decidí ver los partidos en mi casa. Ubicado en el lugar en el que acostumbro mirar los partidos de mi equipo cada semana, el sector de siempre. Mi papá sentado en el sillón en el que por lo general se acomoda, y mi mamá y mi abuela por detrás, con la libertad de hacer lo que les plazca, aunque también atentas al partido.

Nunca fui demasiado "cabulero". Si alguna vez he tenido alguna, ha sido chiquita, de esas que, creo yo, no influyen demasiado. Tampoco soy de hacer promesas, ni siquiera en los momentos más cruciales, por lo que este mundial no sería la excepción.

El primer partido llegó. Y el primer golpe con él. Sorpresa para muchos. Yo casi que lo presentía, tenía la sensación que la racha de muchos triunfos consecutivos se podía cortar justo en esta situación clave. El fútbol es así de injusto muchas veces. El segundo partido ya sería definitivo. Casi que, a todo o nada. A sufrir desde temprano, típico nuestro.

Le ganamos a México, aunque no sin antes sentir que se nos venía la noche, con un gol del mejor de todos, que abrió el partido para poder conseguir los primeros tres puntos que nos dieran la posibilidad de seguir con vida en esta copa. Me permito comunicar que para este partido me cambié la camiseta. Vi el encuentro con una diferente, aunque también de la selección, que seguiría siendo la titular para lo que restara del torneo. El no "cabulero".

El tercero fue el primero que sentimos disfrutar un poco para sellar la clasificación a la próxima ronda, ya con más tranquilidad y a la espera de lo que muchos denominan el verdadero mundial, el que comienza en los octavos de final.

El partido más luchado y batallado, fue contra Australia. Nos tocó ganar, aunque, para sorpresa de nadie, sufrimos hasta el último segundo. Todo muy normal. Seguíamos vivos y con la fe intacta en este grupo de jugadores que venían demostrando estar a la altura.

En mi casa, todos y cada uno de nosotros estábamos en el mismo lugar para ver el partido de cuartos de final, esta vez contra Países Bajos. Casi la totalidad de los 90 minutos en ventaja, hasta que a falta de muy poco para el final, nos empatan. Tiempo suplementario de por medio, llegaron los penales. A sufrir, obvio. Qué cosa terrible los penales, que sensación de infarto constante en cada uno de los tiros ejecutados, tanto del rival, como de los nuestros. Gracias a la actuación fenomenal de nuestro arquero, quien comenzaba a convertirse en un nuevo ídolo popular, conseguimos la victoria. Las primeras lágrimas de este mundial y el pase a semifinales, eran un hecho.

Semifinales que, increíblemente, sorteamos con tranquilidad. Con un juego de alto nivel vencimos a Croacia y, como en 2014, estábamos nuevamente en una final del mundo.

Antes de un partido como este, se te pasan miles de cosas por la cabeza. Pero más que nada, uno piensa en el después, en que estaremos haciendo después de estas dos horas de calvario, si de festejo o en plena desazón, si felices o con una tristeza total.

Era el día esperado, la final estaba en marcha y el rival era Francia, último campeón del mundo. Gol del mejor de todos para ponernos arriba. Argentina estaba haciendo un gran, pero gran, primer tiempo. Motivo por el cual, conseguimos anotar el segundo tanto, tras una grandísima jugada de todo el equipo. En este preciso momento, mientras veía la repetición del gol, pensé que no se nos podía escapar, que estos jugadores se merecían llegar a lo más alto. Se nos tenía que dar de una vez por todas.

Pero esta copa nos tendría preparado un desenlace diferente, sin tanta tranquilidad como la de la primera parte. Sobre la última parte del segundo tiempo Francia, no solo logró descontar, sino que consiguió el empate en una ráfaga de pocos minutos. Otra vez tiempo suplementario. Otra vez a sufrir,

claro está. Pero, ¿se puede conseguir un nivel de sufrimiento todavía mayor? Por supuesto que sí. Gol para estar en ventaja nuevamente y empate del rival, tras un penal, para llegar finalmente a los penales. Parece mentira, pero es real.

Ya en esta instancia, es difícil explicar las sensaciones. Uno entra en una especie de trance en el que ruega no desmayarse ante tal nerviosismo. Atajada de Martínez, penal francés desviado, y el remate definitivo de Montiel, para sellar la victoria en la final más traumática en la historia de las copas del mundo. El sufrimiento llegaba a su fin dándole lugar a una de las alegrías más grandes de mi vida. Éramos campeones del mundo. Ya lo podíamos sentir como propio. Ya no sería lejano ese recuerdo del 78 o el 86. Solo restaba salir a festejar con la familia y con amigos. Se nos había dado. Habíamos ganado la tercera.